

SEGUNDA PARTE

POR ORDEN DEL REY

LIBRO PRIMERO

Presencia eterna del pasado.—Los hombres reflejan al hombre

I

LORD CLANCHARLIE

I

En esta época se conservaba una reliquia de los tiempos antiguos; esta reliquia pertenecía á lord Lineus Clancharlie.

El Barón Lineus Clancharlie, coetáneo de Cromwell, era uno de los pocos pares de Inglaterra que aceptaron la República; esta aceptación pudo tener su razón de ser y explicarse por haber triunfado por el momento la República, pues era fácil de comprender mientras esta forma de gobierno imperaba.

Pero después de concluirse la revolución y de caer el gobierno parlamentario, lord Clancharlie había persistido en sus ideas. Fácil le hubiera sido al noble patricio formar parte de la Cámara Alta, reconstituida: los arrepentimientos recibense con aplauso en las restauraciones, y Carlos II

era un excelente príncipe para los que querían abrazar su partido; pero lord Clancharlie no comprendió lo que se debe á los acontecimientos. Mientras que la nación aclamaba al Rey, al tomar posesión de Inglaterra; mientras la unanimidad dictaba su veredicto; mientras se verificaba el saludo del pueblo á la Monarquía; mientras que realzaba á la dinastía palinodia gloriosa y triunfal, en el instante en que el pasado convertíase en porvenir y el porvenir se convertía en pasado, dicho lord era contrario á esta institución. Volvió la cabeza para no ver tanta alegría y se desterró por voluntad propia; pudiendo ser par, prefirió ser proscrito, pasando así los años y envejeciendo siempre leal á la República muerta. Por eso se había atraído el ridículo que recae naturalmente sobre esta clase de puerilidades.

Retiróse á la Suiza y vivía en una especie de inmensa ruina á la orilla del lago de Génova. Escogió esta morada en el más áspero rincón del lago entre Chillon, donde está

el calabozo de Bounivard, y entre Vevey, donde se halla la tumba de Ludlow. Los Alpes severos, llenos de crepúsculos, de vientos y de nubes, le rodeaban, y él vivía allí perdido entre las inmensas tinieblas que caen de aquellas montañas. Rara vez le hallaba un transeunte. Este hombre estaba fuera de su país y casi fuera de su siglo. En aquellos momentos, para los que se hallaban enterados de los asuntos de su época, no era justificable resistir á las coyunturas. Inglaterra era feliz; la restauración es la conciliación de dos esposos; el príncipe y la nación habían acabado de tener lecho separado; esto era muy satisfactorio: la Gran Bretaña estaba radiante de alegría; es gran cosa tener Rey, pero vale aún mucho más tener Rey agradable. Carlos II era amable, hombre de placer y de gobierno y grande al modo de Luis XIV; era un gentleman y un gentilhomme; le admiraban sus vasallos; hizo la guerra á Hanóver, sabiendo con certeza por qué, pero sabiéndolo él solo; vendió Dunkerque á la Francia, que fué operación de alta política; los pares demócratas, de los que Chamberlaine dijo: «La maldita política infesta con su aliento putrefacto á muchos miembros de la alta nobleza», tuvieron el buen sentido de rendirse á la realidad, de ser de su época y de volver á tomar asiento en la Cámara noble, y para esto les bastó prestar al Rey juramento de alianza. Mientras todos pensaban en esta evidencia, en el próspero reinado, en el excelente Rey, en los augustos príncipes otorgados por la misericordia divina para la felicidad de los pueblos; cuando grandes personajes, como Monk y Jeffreys, se aliaron al trono y fueron recompensados con justicia, por su lealtad y su celo, con magníficos destinos y con funciones lucrativas (todo lo cual sabía lord Clancharlie, pues sólo de él mismo dependió participar de esos honores); mientras la Inglaterra se engrandecía y, gracias á su Rey, llegaba al colmo de la prosperidad; mientras en Londres sólo había fiestas y carousels y todo el mundo estaba entusiasmado y nadaba en la opulencia, si se distinguía por casualidad, lejos de tales esplendores, en un semi-día lúgubre semejante á la caída de la tarde, á un viejo, vestido con el

traje del pueblo, pálido, distraído, encorvado y de pie á la orilla del lago, indiferente á la tormenta y al invierno, andando al acaso, con la mirada fija, con los blancos cabellos sacudidos por el viento, silencioso, solitario y pensativo, difícil era que todo el mundo no se sonriera al verle, porque ofrecía á la vista la silueta de un loco.

Pensando en lo que lord Clancharlie era y en lo que pudo ser, sonreírse al verle era concederle indulgencia. Algunos se le reían en sus narices; otros se indignaban.

Se comprende que extrañase á los hombres serios la insolencia de su aislamiento. Circunstancia atenuante: lord Clancharlie nunca tuvo talento. Todo el mundo opinaba así.

II

Se ve con desagrado á los hombres tenaces y obstinados; la opinión pública no se complace en tropezar con Régulus que excitan su ironía, porque esas terquedades se asemejan á reproches, y hay que reírse de ellos.

Además, esas enterezas, esas obstinaciones, ¿son virtudes? ¿No hay en esos anuncios excesivos de abnegación y de honor mucha parte de ostentación? ¿No son más aparentes que reales? ¿Por qué esas exageraciones de aislamiento y de destierro? No exagerar nada es la máxima del sabio. ¿Deseáis hacer la oposición? hacella; vituperad lo que os plazca, pero decentemente y gritando: ¡Viva el Rey! La verdadera virtud estriba en ser razonables. Lo que cae debió caer, lo que triunfa debió triunfar. La Providencia tiene sus motivos y corona al mérito. ¿Pretendéis conocerlo mejor que ella? Cuando las circunstancias se pronuncian, cuando un régimen sucede á otro y cuando el éxito hace el descuento de lo verdadero y de lo falso, no cabe tener dudas y el hombre honrado se une á lo que prevalece, aunque esto ofrezca utilidades á su fortuna y á su familia, sin dejarse influir por esta consideración y sin pensar más que en la cosa pública y en ayudar con todas sus energías al vencedor.

¿Qué sería del Estado si nadie consin-

tiera en servirle? Pararíanse todos los servicios. Conservar el destino es ser buen ciudadano. Es menester sacrificar las preferencias secretas. Es indispensable que alguno desempeñe los destinos, es preciso que alguno se sacrifique. Ser fieles á las funciones públicas es ser leales. La retirada de los funcionarios paralizaría el Estado. Si os desterráis, es una lástima. Si es por dar ejemplo, entonces es vanidad; si es como reto, es una audacia, porque os suponéis un gran personaje: sabed que valemós tanto como vos y que no desertamos. Si quisiéramos seríamos también intratables é indomables y aun obraríamos peor que vos, pero preferimos ser personas inteligentes. Porque yo sea Trimalción, no os figuréis ser un Catón.

III

Jamás hubo una situación tan despejada y tan decisiva como la de 1660.

Inglaterra estaba ya libre del poder de Cromwell. En la época de la República ocurrieron muchos hechos irregulares. Creóse la supremacía británica; con la ayuda de la guerra de los Treinta años dominó á Alemania; con la ayuda de la Fronda abatió á Francia; con la ayuda del duque de Braganza empujó á España. Cromwell dominó á Mazarini: en los tratados, el protector de Inglaterra firmaba encima del Rey de Francia; puso á las Provincias Unidas la multa de ocho millones de francos; molestó á Argel y á Túnez, conquistó la Jamaica, humilló á Lisboa, excitó en Barcelona la rivalidad francesa y en Nápoles alentó á Massaniello; sujetó el Portugal á Inglaterra; hizo desde Gibraltar á Candía una barrida barbaresca, y fundó la dominación marítima con el doble apoyo de la victoria y del comercio—el 10 de agosto de 1652, el hombre que ganó treinta y tres batallas, el viejo almirante, que se llamaba á sí mismo *Abuelo de los marinos*, Martín Happertz Tromp, batió á la marina española, que fué destruida por la marina inglesa; hizo retirar del Atlántico á la flota española, del Pacífico á la flota holandesa, del Mediterráneo á la marina veneciana, y por medio de acada de navegación posesionóse del litoral universal; por el Océano se enseñoreaba del mundo; el pabellón holandés saluda-

ba con humildad en el mar al pabellón británico; Francia, representada por el embajador Mancini, hacía genuflexiones ante Oliverio Cromwell; éste jugaba con Calais y con Dunkerque como una pala con dos volantes; hizo temblar el continente, dictó la paz, decretó la guerra, sobresaliendo en todas partes la bandera inglesa; únicamente el regimiento de cotas de hierro del protector pesaba, para amedrentar la Europa, tanto como una armada; Cromwell decía: *Quiero que se respete la República inglesa como se respetó la República romana*, y nada hubo tan sagrado; la palabra era libre, la prensa también; cada uno decía en las calles lo que pensaba en alta voz; imprimíase lo que se quería sin censura; estaba roto el equilibrio de los tronos y trastornado todo el orden monárquico europeo, del que formaban parte los Estuardos.

Carlos II, indulgente, hizo la declaración de Breda. Otorgó á Inglaterra el olvido de esa época, en la que el hijo de un cervecero de Huntingdon puso el pie sobre la cabeza de Luis XIV. Inglaterra dijo el *mea culpa* y respiró. La satisfacción de los corazones era completa, como acabamos de decir, y las horcas de los regicidas se confundían con el alborozo universal. La restauración es una sonrisa, pero no le sienta mal algún patíbulo para satisfacción de la conciencia pública. El espíritu de disciplina se hallaba relajado y se reconstituía la lealtad; ser buenos vasallos era desde entonces la única ambición; estaban arrepentidos de las locuras de la política, se burlaban de la revolución y se mofaban de la república y de aquellos tiempos singulares, en los que jamás caían de la boca las palabras sacramentales: *Derecho, Libertad, Progreso*, riéndose de estas énfasis. El retorno al buen sentido era admirable; Inglaterra había delirado y era una felicidad que hubiesen concluido sus delirios. ¿Había nada tan absurdo? ¿Dónde iríamos á parar si cualquiera tuviese derechos? ¿Se cree todo el mundo que puede gobernar? ¿Cómo se concibe una ciudad gobernada por ciudadanos? Los ciudadanos son los tiros de caballos, pero no son el coche. ¿Deseáis que florecen los Estados como las nubes? El des-

orden no puede componer el orden. Si el caos es el arquitecto, el edificio será una Babel. Además, que es tiranía esa falsa libertad. Yo deseo divertirme y no gobernar. Notar me fastidia; prefiero bailar. Es una providencia un príncipe que se encarga de todo. Es generosísimo el Rey que se toma por nosotros este trabajo; después está acostumbrado á eso y sabe lo que es, es su oficio. La paz, la guerra, la legislación, la hacienda, ¿importan acaso al pueblo? Sin duda alguna es preciso que el pueblo pague y que el pueblo sirva; pero esto debe bastarle, porque una parte de él se dedica á la política, y de esa parte salen las dos fuerzas del Estado: el ejército y el presupuesto; ser contribuyente y ser soldado, ¿no es bastante? ¿Qué necesidad tiene de ser nada más? Es el brazo militar y el brazo de la hacienda, desempeña magnífico papel; por él reinan y es necesario que retribuya este servicio; el impuesto y la lista civil son los salarios que satisface el pueblo y que ganan los príncipes. El pueblo da su sangre y su dinero para que se le gobierne; querer manejarse á sí mismo es insensato, porque necesita un guía. El pueblo, como es ignorante, es ciego. El ciego lleva un perro que le guía, pero el pueblo tiene un león que consiente en ser perro. ¡Es muy bondadoso!... Pero, ¿por qué el pueblo es ignorante? Porque es necesario que lo sea. La ignorancia es la guardiana de la virtud; no viendo perspectivas, no tiene ambiciones; el ignorante vive en una noche útil, en la que, suprimiendo la mirada, suprímense las concupiscencias; de esto nace su inocencia. El que lee piensa, y el que piensa raciocina. No raciocinar es un deber, como es también una dicha. Estas verdades son incontestables y la sociedad se funda sobre ellas.

Pensando así fué como en Inglaterra establecieron las doctrinas sanas; así se rehabilitó la nación. Al mismo tiempo se volvió á acudir á la amena literatura. Desdenaban á Shakespeare y admiraban á Dryden. *Dryden es el más grande poeta de Inglaterra y de su siglo*, decía Atterbury, el traductor de *Achitophel*. Esta fué la época en la que Mr. Huet, obispo de Arranches, escribió á Saumaise, que había dispensado el honor al autor del *Paraiso Perdido* de refutarle y de injuriale:—*¿Por qué os ocu-*

páis de autor tan insignificante como Milton? Dryden subía y Shakespeare descendía; Carlos II en el trono y Cromwell en la horca. Inglaterra se arrepentía de la vergüenza y de las locuras del pasado, y es un gran honor para las naciones ser encarriladas por la monarquía en el buen orden en el Estado y en el buen gusto en las letras.

Que semejantes beneficios pudieran desconocerse, era difícil de creer. Volver la espalda á Carlos II, recompensar con la ingratitude la magnanimidad de haber ascendido al trono, era entonces abominable. Lord Lineus Clancharlie apesadumbraba á las gentes honradas. Disgustarse de la felicidad de la patria era una aberración.

En 1650 el Parlamento decretó esta fórmula:—«Prometo permanecer fiel á la República, sin rey, sin soberano y sin señor».—Bajo el pretexto de haber prestado ese juramento monstruoso, lord Clancharlie vivía fuera del reino, y á pesar de la felicidad general se creyó en el derecho de estar triste. Tenía la sombría estimación de lo que no existía ya, extraña lealtad conservada á lo desvanecido.

Excusarle era imposible; los más indulgentes le abandonaban. Sus amigos hicieronle el honor de creer, durante mucho tiempo, que si entró en las filas republicanas, fué por ver de más cerca los defectos de la coraza de la República y por herirla con más seguridad, cuando llegase su día, en provecho de la causa sagrada del Rey; aguardar la hora útil para matar al enemigo por detrás, es también una de las cláusulas de la lealtad. Esto esperaban de lord Clancharlie; ¡tan inclinados estaban á juzgarlo favorablemente! Pero al ver su extraña persistencia en el republicanismo, tuvieron que renunciar á tener tan buena opinión de él. Efectivamente, lord Clancharlie era un hombre convencido, esto es, un idiota.

La explicación de los benévolos flotaba entre la obstinación pueril y la terquedad senil. Los severos, los justos, iban más lejos. Calumniaban al relapso. La estupidez tiene sus derechos, pero también sus límites. Se puede ser idiota, pero no rebelde: después de todo, ¿qué era lord Clancharlie? Un tráfuga. Abandonó su campo, que era la aristocracia, para pasarse al campo opuesto, al pueblo. Ese fiel era un traidor;

cierto es que era traidor al más fuerte y leal al más débil; cierto es que repudiaba el campo del vencedor; cierto es que su traición le hacía perder sus privilegios políticos, su hogar doméstico, su patria y su patria; que con ella poníase en ridículo y que no sacaba más beneficio que el del destierro; pero todo esto, ¿qué prueba? Que era un necio. Concedido.

Traidor y víctima á la vez; esto se ve pocas veces.

Se puede ser necio, pero sin dar malos ejemplos; á los necios únicamente se les exige ser honrados, y siéndolo, pueden pretender ser sostén de las monarquías. La torpeza de Clancharlie no era imaginable. La fantasmagoría revolucionaria le deslumbró; se dejó meter dentro de la república y estaba fuera de ella. Afrentaba á su país, pues era pura felonía su actitud. Estaba ausente y esto era injurioso, porque parecía que huía de la general satisfacción como de una peste. En su voluntario destierro buscaba refugio contra la felicidad nacional y trataba á la monarquía como contagiosa. Sobre la alegría monárquica, que denunciaba como á un lazareto, extendía su bandera, su bandera negra. ¿Por qué, cuando se ha rehabilitado el orden, se ha salvado la nación y la religión se ha restaurado, ostentar el rostro triste y sombrío? ¿Por qué lanzar su sombra ante la luz? ¡Entristecerse porque Inglaterra está alegre! ¡Ser un punto obscuro en el cielo azul! ¡Ser como una perenne amenaza! ¡Protestar contra el deseo de la nación! ¡No conceder un sí al consentimiento universal! Esto sería odioso si no fuera bufo. Lord Clancharlie no se quiere convencer de que es posible alucinarse con Cromwell, pero que se debe obrar como Monk. Monk mandó el ejército de la República; hallándose Carlos II en el destierro y enterado de la probidad de aquél, le escribió; Monk, que concilia la virtud con los comportamientos astutos, disimula primero, y después, de improviso, á la cabeza de las tropas, acaba con el Parlamento faccioso, restablece la monarquía y es nombrado Duque de Albermarle; tiene la honra de salvar la sociedad, se hace muy rico y notable y tiene en perspectiva su enterramiento en Westminster. ¡Tal es la gloria de un inglés leal! Lord Clancharlie no pudo elevarse hasta la inteligencia del

deber practicado de esa suerte; tenía la infatuación y la inmovilidad del destierro. Satisfaciase con frases huecas. Las palabras conciencia, dignidad, etc., etc., después de todo sólo son palabras y es menester conocer su fondo.

Su fondo no lo conocía Clancharlie; su conciencia era miope y quería, antes de ejecutar una acción, mirarla muy de cerca y olfatearla, y de esto nacían sus disgustos absurdos. Con tales delicadezas no se puede ser hombre de Estado. El exceso de conciencia degenera en imperfección. El escrupulo es manco cuando se trata de coger un espectro y es eunuco cuando se trata de casarse con la fortuna; desconfiad de los escrúpulos, porque os conducirán muy lejos. Se desciende en la fidelidad irrazonable como por la escalera de un subterráneo; un escalón tras otro os lleva á la profunda obscuridad; los hábiles la vuelven á subir; los inocentes se quedan allí dentro. No hay que bajar, porque si no, de matiz en matiz se llega á los más oscuros del pudor político y entonces el hombre se halla perdido. Eso es lo que le sucedió á lord Clancharlie. Los principios terminan por ser un abismo.

Sólo consiguió pasearse, con las manos atrás, á lo largo del lago de Génova.

Algunas veces hablábase en Londres de este ausente; ante la opinión pública era casi, casi un acusado; pleiteaban en pro y en contra de él y, fallada su causa, otorgábanle unos y otros el beneficio de la estupidez.

Muchos de los antiguos partidarios de la ex república se habían unido á los Estuardos; á éstos se les elogiaba, y éstos eran los que naturalmente, calumniaban á lord Clancharlie, pues los obstinados importunan á los complacientes. Personas de talento, bien vistas y bien empleadas en la corte, á las cuales molestaba su desagradable actitud, decían voluntariamente:—«Si no se hace monárquico, es porque no se lo pagan bien, etc. Preteadía la plaza de canciller, que el rey otorgó á lord Hyde», etc.—Uno de sus antiguos amigos hasta se atrevió á añadir:—«Me lo dijo él mismo.» Algunas veces, á pesar de su soledad, lord Clancharlie sabía algo de lo que se murmuraba de él en Londres por los proscripios que hallaba, ó por antiguos re-

gicidas, tales como Andrew Bronghton, que vivía en Lausanne. Clancharlie limitábase á levantar imperceptiblemente los hombros, signo de profundo embrutecimiento. Una de las veces, al levantamiento de hombros agregó estas palabras en voz queda: «Compadezco á los que creen todo eso.»

IV

Carlos II, que era un excelente hombre, le despreció. La felicidad de Inglaterra bajo el reinado de Carlos II era más que dicha: era encantamiento. La restauración es un cuadro viejo que se retoca y se barniza de nuevo, y en el cual todo lo que había reaparece. Volvían las antiguas costumbres, y las mujeres hermosas reinaban y gobernaban. Evelyn tomó estos apuntes, y en su diario se lee: «Lujuria, profanación, desprecio de Dios. Yo vi un domingo por la noche al Rey con sus concubinas la Portsmouth, la Cleveland, la Mazarin y dos ó tres más, todas ellas casi desnudas en la galería del juego.» Se conoce que el pintor se hallaba malhumorado, pero Evelyn era un puritano gruñón, injerto en republicano idealista. No sabía apreciar el provechoso ejemplo que dan los príncipes con esas grandes alegrías babilónicas, que, después de todo, sirven para alimentar el lujo; no comprendía la utilidad de los vicios, é ignoraba esta máxima: «No extirpéis los vicios si queréis tener mujeres fascinadoras, porque si no os pareceréis á los idiotas que destruyen las orugas por miedo á apasionarse de las mariposas.»

Carlos II apenas advirtió, como acabamos de decir, que existía un lord contrario á la monarquía llamado Clancharlie; pero Jacobo II sí. Carlos II gobernó con suavidad, ésta era su manera, y debemos decir que no gobernó mal. El marino hace algunas veces á una cuerda, destinada á enseñorearse de los aires, un nudo flojo, que deje que apriete el viento; tal es la bestialidad del huracán y la del pueblo. Dicho nudo flojo se trocó en breve en nudo fuerte; tal fué el gobierno de Carlos II.

En el reinado de Jacobo II empezó su compresión; compresión necesaria de lo que quedaba de la revolución. Jacobo II

tuvo la loable ambición de ser un Rey eficaz; el reinado de su predecesor sólo fué para él un bosquejo de restauración, y quería restablecer un orden más completo todavía. Deploró en 1660 que se hubiese limitado á ahorcar á diez regicidas. Fué un verdadero rehabilitador de la autoridad; dió vigor á los principios serios, hizo reinar la verdadera justicia, que está por encima de las declamaciones sentimentales, y que ante todo se preocupa de los intereses de la sociedad. En esas severidades protectoras se reconoce al padre del Estado. Confió la mano de la justicia á Jeffreys, y la espada á Kirke. Kirke multiplicaba los ejemplos. Este hábil coronel hizo un día colgar y descolgar tres veces seguidas al mismo republicano, interrogándole cada vez: — ¿Abjurag de la república?— Como el malvado dijo siempre que no, fué ahorcado. — *Le he ahorcado cuatro veces*—decía Kirke satisfecho. La reaparición de los suplicios son signo de fuerza en el poder. Lady Lyle, á pesar de haber enviado á su hijo á la guerra contra Montmouth, por haber dado asilo á dos rebeldes en su casa fué condenada á muerte. Otro rebelde, que tuvo la honradez de declarar que una mujer anabaptista le había ocultado, fué perdonado, pero la mujer fué quemada viva. Kirke hizo comprender un día á una población que sabía que era republicana, ahorcando á diez y nueve de sus vecinos. Reprensiones evidentemente legítimas, cuando se recuerda que en los tiempos de Cromwell cortábanse las narices y las orejas á los santos de piedra de las iglesias. Jacobo II, que supo elegir á Jeffreys y á Kirke, era un príncipe imbuido en la verdadera religión; se mortificaba con la fealdad de sus concubinas, y oía los sermones del padre la Colombiere, predicador que era casi tan craso como el padre Cheminai, pero con más fuego, y que obtuvo la gloria de ser, durante la primera mitad de su vida, consejero de Jacobo II, y en la segunda, inspirador de María Alacoque. Merced á este fuerte alimento religioso, más tarde pudo Jacobo II soportar con dignidad el destierro, y en su retiro de Saint-Germain dar el espectáculo de un rey superior á la adversidad, rascándose los tumores que le salieron en el cuello y conversando con los jesuitas.

Compréndese que tal Rey debió preocuparse hasta cierto punto de un rebelde como lord Clancharlie. Las pairías, hereditariamente transmisibles, contenían cierta cantidad de porvenir, y era evidente que había que tomar cierta precaución por esta parte contra dicho lord, y que Jacobo II no vacilaría en tomarla.

II

LORD DAVID DIRRY-MOIR

I

Lord Lineus Clancharlie no fué siempre anciano y proscripto. Tuvo su fase de juventud y de pasión. Sábese, por Harrison y por Pride, que Cromwell, cuando era joven, placíanle la mujer y los placeres, lo que á veces anuncia á un sedicioso. *Male precinctum juvenem caveto.*

Lord Clancharlie tuvo, como Cromwell, sus imperfecciones y sus irregularidades. Se le conocía un hijo natural, un hijo que vino al mundo en el momento en que concluía la República, y que nació en Inglaterra cuando su padre marchó para el destierro; por eso él no conoció á su padre. El bastardo de lord Clancharlie creció, siendo paje de la corte de Carlos II. Llamábase lord David Dirry-Moir; era noble de cortesía, porque su madre fué mujer de calidad. Esta, mientras Clancharlie se convertía en buho en Suiza, siendo como era bella, tomó el partido de no incomodarse, y consiguió que el segundo amante le perdonase haber tenido el primero, porque aquél era tan realista, que fué el propio Rey. Fué manceba de Carlos II el tiempo suficiente para que su majestad, contentísimo por haber arrancado una mujer hermosa á la República, diese al pequeño lord David, hijo de su querida, una comisión de la guardia noble, lo que obligó al bastardo oficial á comer en la corte y á ser estuardista ardiente. Lord David, uno de los ciento setenta y dos que usaban espada grande,

entró después en la orden de los Pensionarios, y fué uno de los cuarenta que pueden llevar partesana dorada. Además gozaba, desde que pertenecía á esta tropa noble, instituida por Enrique VIII para su custodia, el privilegio de poner los platos en la mesa del Rey. De esta suerte, mientras su padre encanecía en el destierro, prosperaba lord David en el reinado de Carlos II, como asimismo prosperó en el de Jacobo II.

El Rey ha muerto: ¡viva el Rey! es *el non deficit alter aureus*. Al advenimiento al trono del duque de York, obtuvo permiso para llamarse lord David Dirry-Moir, por una señoría que su madre, al morir, le había legado en un gran bosque de Escocia.

II

El rey Jacobo II tenía la pretensión de ser General, y le agradaba que le rodeasen oficiales jóvenes. Frecuentemente se presentaba en público á caballo, con casco y coraza y con grande y desbordada peluca, como una especie de estatua ecuestre de la guerra imbécil. Cobró verdadera amistad al joven lord, que le manifestaba gran pesar de ser hijo de un republicano, porque renegar de su padre es un medio para no perjudicarse al comenzar á tener fortuna. El Rey hizo á lord David gentilhomme de la cámara del lecho, con mil libras de asignación.

Era un gran ascenso: su destino le obligaba á acostarse todas las noches próximo á la cama del Rey. Había doce gentileshombres de esta clase que se relevaban unos á otros.

Lord David, instalado ya en el empleo, fué el jefe de las caballerizas del Rey, el que daba la avena á los caballos y cobraba doscientas sesenta libras anuales. De él dependían los cinco cocheros del Rey, los cinco postillones, los cinco palafreneros, los doce criados y los cuatro que conducían la silla de manos. El gobernaba á los seis caballos de carrera, que el Rey mantenía en Haymarket y que costaban seiscientas libras al año. Tenía á su cuidado el guardarropa del Rey, que proveía de trajes de ce-

remonia á los caballeros de la orden de la Jarretiere. Haciale siempre profundo saludo el ujier de la vara negra, que es del Rey; este ujier, en tiempo de Jacobo II, era el caballero Duppa. La fastuosa corte de Inglaterra era un modelo de hospitalidad; lord David presidía, como uno de los doce, las mesas de recepción. Tuvo el honor de estar de pie detrás del Rey los días de ofrenda, cuando éste entrega á la Iglesia el besante de oro; los días de collar, cuando el Rey lleva el collar de su orden, y los días de comunión, cuando sólo comulga el Rey y los príncipes. El Jueves Santo era el que introducía ante su majestad á los doce pobres, á los que el Rey entregaba tantos *sous* de plata como años de vida tenía, y tantos *schelines* como años llevaba de reinado. Cuando el Rey estaba malo, á él le correspondía llamar á los dos sacerdotes limosneros de palacio para que asistiesen al Rey é impedir que se le aproximasen los médicos sin permiso del Consejo de Estado. Además era teniente coronel del regimiento escocés de la Guardia real, que toca la marcha de Escocia.

Como teniente coronel hizo muchas campañas, y con gloria, porque era valiente para la guerra, al mismo tiempo que gentil, de nobles ademanes y generoso; su figura manifestaba su calidad; era alto de talla y alto de nacimiento.

Hubo un momento en que estuvo próximo a ser nombrado *groom of the stole*, empleo que concede el privilegio de poner la camisa al Rey, pero que para obtenerle es necesario ser príncipe ó par.

Crear un par es difícil, porque es crear una pairía, que siempre origina celos; es un favor que hace el Rey á un amigo, pero creándose cien enemigos, sin contar con que el amigo se convierta en ingrato. Jacobo II, por política, creaba pairías con gran dificultad, pero las transfería fácilmente; transferirlas no perjudica á nadie, y no se perturba la *lordship* (1).

A la voluntad real no repugnaba introducir en la Cámara Alta á lord David como sustituto de una pairía: su majestad quería tener ocasión de que David Dirry-Moir, lord de cortesía, llegase á ser lord de derecho.

(1) El cuerpo de los lores.

Esta ocasión se presentó.

Un día se supo en Londres que el ausente anciano lord Lineus Clancharlie había fallecido; la muerte hace que se ocupen las gentes en lo que acaban de dejar el mundo, y refirieron lo que sabían y lo que habían oído decir de los últimos años de la existencia del lord republicano. Conjeturas, cuentos y habladurías probablemente. Si se da crédito á la aventurada chismografía, lord Clancharlie, en los posteriores años de su vida, tuvo tal recrudescencia republicana, que llegó hasta casarse con la hija de un regicida, Ann Bradshaw —porque hasta citaban el nombre,— la que también murió, pero dando á luz un niño, y si eran ciertos estos detalles, éste sería el único hijo legítimo y heredero legal de lord Clancharlie; pero tales habladurías no tenían fundamento. Lo que entonces acontecía en Suiza estaba tan lejos de Inglaterra, como está hoy para ella lo que pasa en la China. Lord Clancharlie tenía cincuenta y nueve años cuando se casó y sesenta cuando nació su hijo, y aquél falleció poco después, dejando al niño huérfano de padre y madre; eso es posible, ciertamente, pero inverosímil. Agregaban que el niño era muy hermoso. El rey Jacobo terminó con estas historias sin fundamento, declarando un día que lord David Dirry-Moir era hijo único y definitivo heredero, á falta de hijos legítimos, y que su padre natural, lord Lineus Clancharlie, hacía constar la ausencia de otra filiación y descendencia; cuyas patentes se registraron en la Cámara de los Lores. Por estas patentes el Rey hacía sustituir á lord David en los títulos, derechos y prerrogativas al difunto lord Lineus Clancharlie, con la única condición de que lord David había de casarse, cuando fuese núbil, con una joven, que entonces era todavía una niña de pocos meses, á la cual el Rey hizo duquesa en la cuna, ya se sabe por qué. Llamábase esta niña la Duquesa Josiana.

La moda inglesa estaba entonces por los nombres españoles. Uno de los bastardos de Carlos II, llamábase Carlos, y era Con-

de de Plymouth; es probable que el nombre Josiana fuese compuesto de Josefa y de Ana. No obstante, quizá hubiera Josianas como había Josías; uno de los gentiles-hombres de Enrique III se llamaba Josías du Passage.

A dicha duquesita otorgó, pues, el Rey, la pairía de Clancharlie, esperando que hubiese par, y el par había de ser su marido. Componían esta pairía la baronía de Clancharlie y la baronía de Hunkerville; además, en recompensa de un antiguo hecho de armas y por autorización real, los lores de Clancharlie eran marqueses de Corleone, en Sicilia. Los pares de Inglaterra no pueden usar títulos extranjeros; sin embargo, hay excepciones en esta regla: Enrique Arundel, Barón Arundel de Wardour, era, como lord Clifford, Conde del Santo Imperio, del que lord Cowper era Príncipe; el Duque de Hamilton es en Francia, Duque de Castellerault; Basil Feilding, Conde de Deaubigh, es en Alemania Conde de Hapsbourg, de Lanfenbourg y de Rheinfelden. El Duque de Marlborough era Príncipe de Mindelheim, en Sona, lo mismo que el Duque de Wellington era Príncipe de Waterlóo, en Bélgica; este mismo lord Wellington era duque español de Ciudad-Rodrigo y Conde portugués de Vimeira.

Existían en Inglaterra y existen todavía tierras nobles y tierras plebeyas. La de los lores Clancharlie eran todas nobles, y todas ellas pertenecían provisionalmente á lady Josiana, declarando el Rey que cuando ésta se casase con lord David Dirry-Moir, éste fuese Barón Clancharlie. Además de la herencia Clancharlie, lady Josiana poseía su fortuna personal, consistente en muchos bienes, cuya mayor parte procedían de donativos de *Madama sin cola* al Duque de York; así denominaban á Enriqueta de Inglaterra, Duquesa de Orleans, que era la primera dama de Francia, después de la Reina.

IV

Lord David, después de prosperar en los reinados de Carlos y de Jacobo, continuó prosperando también en el de Guillermo; su jacobismo no le llevó al extremo de se-

guir en el destierro á Jacobo II. Continuó queriendo á su Rey legítimo, pero tuvo el buen sentido de servir al usurpador. Además, aunque algo insubordinado, era buen oficial, y pasó del ejército de tierra al ejército del mar, distinguiéndose en la escuadra blanca. Allí llegó á ser lo que entonces se llamaba «capitán de fragata ligera». Esto contribuyó á que fuese un hombre muy galante, llevando extraordinaria elegancia á sus vicios; un tanto poeta, como todo el mundo; excelente servidor del Estado, buen criado del Príncipe, aficionado á fiestas, á galas, á ceremonias y á batallas: servil cuando era necesario, pero cuando no, altivo, poniendo la vista baja ó penetrante según lo que tenía que mirar; voluntariamente honrado, obsequioso y arrogante cuando se ofrecía la ocasión, observador discreto del buen ó del mal humor real, indiferente ante la punta de una espada, siempre dispuesto á arriesgar la vida con heroísmo á una simple señal de su majestad, capaz de todas las locuras, pero de ninguna descortesía; hombre de mundo y de etiqueta, orgulloso de estar de rodillas en las grandes ocasiones monárquicas, alegre, cortesano y paladín á la edad de cuarenta y cinco años.

Lord David cantaba canciones francesas, que agradaban á Carlos II. Le gustaba la elocuencia y el buen lenguaje, y era apasionado de las oraciones fúnebres de Bossuet.

Por parte de su madre tenía casi lo bastante para vivir, cerca de diez mil libras esterlinas de renta, esto es, doscientos cincuenta mil francos, pero despilfarraba y contraía deudas. Era incomparable en magnificencia, extravagancia y novedad; en cuanto le copiaban, cambiaba de moda. Llevaba sombreros como nadie los usaba, encajes desconocidos y valonas sorprendentes.

(II)

LA DUQUESA JOSIANA

I

En 1705, cuando lady Josiana contaba veintitrés años y lord David cuarenta y cuatro, aun no se había realizado su matrimonio, y esto por los mayores motivos. ¿Se odiaban? Nada de eso. Pero lo que teníamos seguro no nos da prisa. Josiana quería permanecer libre y David deseaba permanecer joven, y no contraer vínculo alguno les parecía que le prolongaba la juventud. Los jóvenes que se conservaban bien hasta edad avanzada, abundaban en esas épocas galantes; los pisaverdes encanecían tarde; la peluca era su cómplice, y después los polvos fueron sus auxiliares.

A los cincuenta años, lord Carlos Gerrard, Barón Gerrard de Bromley, ocupaba á todo Londres con la fama de sus conquistas. La joven y bella Duquesa de Buckingham, Condesa de Coventry, estaba loca de amor por el lindo Thomas Bellasyse, Vizconde de Falcomberg. Son conocidos los versos del gran Corneille, siendo septuagenario, dirigidos á una mujer de veinte años. *Marquise, si mon visage, etc.*,

Josiana y David galanteábanse de un modo particular: no se amaban, pero se agradaban mutuamente. Costearse les bastaba; ¿por qué habían de llegar al puerto y terminar pronto de navegar? Las novelas de entonces mantenían á los enamorados en esa situación, que era de excelente tono. Josiana sabía que era bastarda, pero también que era Princesa, y no tenía prisa de que le sujetasen los lazos matrimo-

niales; pero le agradaba lord David, porque, además de ser hermoso, era elegante.

Ser elegante es lo principal; si lord David era un Narciso, tanto mejor; el hombre guapo tiene la contra de ser fatuo, pero él no lo era. Hacía apuestas, era boxeador y contraía deudas; á Josiana gustábanle sus caballos, sus perros y hasta sus queridas; lord David sufría la fascinación de la Duquesa Josiana, joven sin tacha, pero sin escrúpulos, altiva, inaccesible y osada; la dedicaba sonetos que ella leía algunas veces; en los sonetos juraba que poseer á Josiana sería subir al Cielo, lo cual no impedía prolongar siempre esta ascensión hasta el próximo año. Hacía antecala á la puerta del corazón de Josiana, y esto les convenía á entrambos. En la corte se admiraba el supremo buen gusto de este aplazamiento. Lady Josiana decía: Es lástima que se me obligue á casarme con lord David, á mí que desearía enamorarme de él.

Josiana era pura materia, pero magnífica; era alta y robusta, fresca, de buen color, de cabellera rubia; tenía audacia y talento. Sus ojos eran inteligentes; ni era amante ni casta, pero amurallábase en su orgullo; los hombres no la merecían; eran dignos de ella un dios ó un monstruo. Si la virtud estriba en ser inaccesible, Josiana lo era, pero sin inocencia. Si no acometía aventuras, era porque las desdénaba, pero no se incomodaba de que se las supusiesen, siempre que fuesen extrañas y sorprendentes. Le importaba poco la reputación y mucho la gloria. Parecer fácil y ser imposible es lo que ella deseaba. Josiana era á la par majestad y materia. Era una belleza dominadora, y más que fascinaba, usurpaba. Se posesionaba de los corazones. Se hubiera asombrado tanto de que le hiciesen ver que tenía alma dentro del pecho, como de hacerla ver alas en su espalda. Disertaba sobre Locke. Hasta se creía que sabía el árabe.

Ser carne y ser mujer son dos cosas diferentes: por la parte que la mujer es vulnerable, por la parte de la compasión, por ejemplo, que se convierte en amor fácilmente, Josiana no lo era. No porque fuese insensible. La antigua comparación de la carne con el mármol es absolutamente errónea; la belleza de la carne consiste en no ser mármol, en palpar, en temblar, en ruborizarse, en sangrarse, en ser firme sin ser dura, en ser blanca sin ser fría, en sen-

tir estremecimientos y fragilidades, en ser la vida, cuando el mármol es la muerte. La carne, cuando llega á cierto grado de belleza, casi adquiere el derecho de desnudez, pues como un velo la cubre el deslumbramiento; el que viese desnuda á Josiana, sólo hubiera percibido semejante modelo á través de una dilatación luminosa. Voluntariamente se hubiera presentado así ante un sátiro ó un eunuco, porque era dueña del oplomo mitológico. Hacer que su belleza fuese un suplicio, emular un Tántalo, la hubiera divertido. El Rey la hizo Duquesa, pero Júpiter la hizo nereida; de esa doble irradiación componíase la extraña claridad de esa criatura. El que la contemplaba, se volvía pagano ó laçayo. Tenía origen en la bastardía y en el Océano; parecía haber salido de la espuma. Hacía abajo fué el primer salto de su destino, pero en el centro real; poseía algo de la ola, de la casualidad, de la señoría y de la tempestad; era letrada y sabia. Ninguna pasión le hizo mella, y las había sondeado todas. Producíanle disgusto las realizaciones y gusto también. Si hubiera tenido que darse una puñalada, como Lucrecia, se la hubiera dado después. En el estado de visiones presentábanse á esa virgen todas las corrupciones; era una Astarté posible en una Diana real. Por la infancia de su alto nacimiento era provocativa é inabordable; sin embargo, podría hallar divertido proporcionarse ella misma una caída. Habitaba una gloria en un nimbo, con la veleidad de poder bajar de ella, y acaso con la curiosidad de caer de allí; pesaba demasiado para sostenerse en las nubes. El obrar sin preocuparse de los demás, da el privilegio de probarlo todo, y á una Duquesa divierte lo que perdería á una mujer del pueblo. Josiana era, por el nacimiento, por la hermosura, por la ironía y por la luz, casi una Reina. Tuvo un instante de entusiasmo por Luis de Bonffers, que rompía á caballo un hierro con los dedos. Sentía que Hércules hubiera muerto. Aguardaba no sé qué ideal lascivo y supremo.

En la parte moral, Josiana hacía recordar el verso de la epístola á los Pisones: *Desinit in piscem*. Un bello torso de mujer que termina en hidra.

Tenía Josiana un noble pecho, un seno espléndido, armoniosamente agitado por

corazón real; clara y viva mirada, figura pura y altiva, y ¡quién sabe! quizá bajo el agua un prolongamiento ondeante, sobrenatural, quizá draconiano y deforme. Virtud soberbia, que termina en vicios en la profundidad de la fantasía.

II

Josiana era, tal como la hemos descrito, una mujer preciosa, según la moda de entonces. Acordaos de Elisabet.

Elisabet es un tipo que ha dominado en Inglaterra tres siglos, el XVI, el XVII y el XVIII. Elisabet, más que inglesa, era anglicana, y de aquí procede el respeto profundo de la Iglesia episcopal hacia aquella Reina, respeto que hizo resentirse á la Iglesia católica, y que hizo conminar con alguna excomunión. En los labios de Sixto V, anatematizando á Elisabet, la maldición se transforma en madrigal. *Un gran cervello di principessa*, dijo. María Stuart, que se ocupaba menos de la cuestión Iglesia y más de la cuestión mujer, era poco respetuosa con su hermana Elisabet, y de reina á reina, de coqueta á gazmoña, le escribía así: «Tu alejamiento del matrimonio dimana de que no quieres perder la libertad de que te hagan el amor.» María Stuart jugaba con el abanico y Elisabet con el hacha. Partida desigual. Por otra parte, ambas rivalizaban en literatura; Elisabet traducía á Horacio, María Stuart escribía versos en francés. Elisabet era fea y decretaba que era hermosa; le agradaban los *quatrains* y los acrósticos, hacía que cupidos le presentasen á los jefes de las ciudades, mordíase el labio á la italiana y rodaba las pupilas á la española; poseía en su guardarropa tres mil vestidos y tocados, entre los que había trajes de Minerva y de Anfítrite; le gustaban los irlandeses porque eran anchos de hombros; tenía afecto á las rosas; juraba, consagraba, pateaba, daba puñetazos á sus damas de honor, mandaba al infierno á Dudley, le pegaba al canciller Durlough, escupía á Mathew, cogía por el cuello á Hatton, abofeteaba á Essex, mostraba la pierna á Bassompierre, y era virgen.

Lo que por Bassompierre hacía, la reina Saba lo había hecho por Salomón; luego era correcto, habiendo un precedente de este caso en la Sagrada Escritura. Lo que es bíblico, puede ser anglicano; el precedente bíblico llega hasta hacer que nazca un hijo que se llama Ebnehaquem ó Melilechet, que significa: *el hijo del sabio*. ¿Por qué afean esas costumbres? El cinismo equivale á la hipocresía.

En la actualidad, Inglaterra, que tiene un Loyola llamado Wesley, baja los ojos por no percibir el pasado; está contrariada, pero altiva.

En aquellas costumbres existía el gusto por lo deforme, especialmente en las mujeres, y sobre todo en las hermosas. ¿Cómo ser bellas sin tener un hombre ridículo? ¿de qué sirve ser reina si no se tutea á algún bufón? María Stuart fué bondadosa con el sueco Rizzio. María Teresa de España había tenido mucha familiaridad con un negro, por lo que la llamaban la *abadesa negra*. En las alcobas del gran siglo, la joroba era bien recibida; testigo de ello fué el mariscal Luxembourg, y antes de Luxembourg, Condé, «el hermoso pequeño».

Las mismas beldades podían ser contrahechas sin perjuicio suyo, pues así se las aceptaba mejor. Ana Bolena tenía un pecho más grueso que otro, seis dedos en una mano y sobrediente. La Vallière era cojitranca, lo que no impidió que Enrique VIII fuese un insensato y Luis XIV un enamorado.

En la parte moral había iguales desviaciones; apenas existía una mujer de alta jerarquía que no ofreciese un caso teratológico.

Además, las bellas damas poseían el latín; desde el siglo xvi eso constituía una gracia femenina. Juana Grey llevó su elegancia hasta el extremo de conocer el hebreo. La Duquesa Josiana latinizaba, pero de la mejor manera, porque era católica, y, digámoslo secretamente, más como su tío Carlos II que como su padre Jacobo II. Jacobo, que por su catolicismo perdió la corona, y Josiana no deseaba por él perder su pairía; así es que era católica en la intimidad, pero protestante para todo el mundo. Es agradable este modo de entender la religión: se goza de cuantos bienes

dependen de la Iglesia oficial episcopal, y más tarde se muere, como Grotius, en olor de catolicismo, y se consigue la gloria de que el padre Petan diga por vuestra alma una misa.

Aunque gruesa y con buen color, Josiana era una elegante perfecta. Había instantes en que, por su manera adormecida y voluptuosa de arrastrar las frases, imitaba el modo de alargar las patas de un tigre que anda sobre las uñas. La utilidad de ser mujer á la moda estriba en hacer salir de su esfera al género humano.

Ante todo, lo importante es poner á cierta distancia á la especie humana. Cuando no se posee un Olimpo, se toma el palacio de Rambouillet. Juno se convierte en Araminta. La pretensión de divinidad no admitida crea modales ridículos; á falta de rayos se sueltan impertinencias, el templo conviértese en *boudoir*, y la que no puede ser diosa, se conforma con ser ídolo.

Hay en los hombres á la moda cierta pedantería que gusta á las mujeres; la coqueta y el pedante están muy cerca el uno del otro, y se juntan invisiblemente para crear el fatuo.

Lo sutil se deriva de lo sensual; la gala afecta delicadeza. El gesto del disgusto sienta bien á la concupiscencia. La mujer halla defendida su parte débil por la casuística de la galantería, que hace las veces de los escrúpulos en las damas elegantes: es como una circunvalación que tiene foso; ellas afectan que les repugna, y esto les protege, consentirán tal vez, pero primero desprecian y esperan.

Josiana tenía un foro interno inquieto. Sentía tal inclinación al impudor, que se hacía impertinente y necia: los retrocesos en dignidad en sentido inverso de nuestros vicios, nos llevan á los vicios contrarios; el exceso de esfuerzo que hace la mujer para ser casta, le convierte en gazmoña. Estar demasiado segura de defenderse, denota secreto deseo de ser atacada.

Josiana encerrábase en la excepción arrogante de su rango y de su nacimiento, premeditando quizá, como ya dijimos, alguna brusca salida de su situación.

Comenzaba entonces á rayar la aurora del siglo xviii. Inglaterra bosquejaba lo que había sido Francia durante la regencia. Walpole y Dubois dábanse la mano. Marl-

borough se batía contra su ex rey Jacobo II, al que había vendido, según se decía, su hermana Churchill. Comenzaba á brillar Bolingbroke y á apagarse Richelieu. La galantería encontraba cómoda la mezcla de las clases; ésta se efectuaba por medio de los vicios, y más tarde debía verificarse por medio de las ideas. El encanallamiento, preludio aristocrático, principiaba lo que la revolución tenía que terminar. No iba á tardar en verse á Jelyotte públicamente sentado al mediodía en el lecho de la Marquesa de Epinay; cierto es, porque las costumbres tienen eco, que ya en el siglo xvi se vió el gorro de dormir de Smeton sobre la almohada de Ana Bolena.

Si mujer quiere decir falta, como no recuerdo qué Concilio lo afirma, jamás la mujer fué tan grande como en la época de esta historia. Jamás, cubriendo con sus encantos su fragilidad y su debilidad con su omnipotencia, se hizo absolver tan imperiosamente. Convertir el fruto prohibido en fruto permitido, hizo caer á Eva; pero hacer el fruto permitido fruto prohibido, fué el triunfo de las mujeres de dichas épocas. En el siglo xviii la mujer echa el cerrojo para que no entre el marido, y se encierra con Satán en el edén. Adán se queda fuera.

III

Los instintos de Josiana la inclinaban, más que á entregarse legalmente, á entregarse por capricho, porque esto es un tanto literario y recuerda á Menalco y á Amarilis, y es casi una acción docta. Mademoiselle de Scudey no tuvo otro motivo para ceder á Pelisson que el extraordinario atractivo de su fealdad.

Las antiguas costumbres inglesas hacían a la doncella soberana y á la mujer casada vasalla, y Josiana prolongaba todo lo que podía su estado libre. ¡Era sin duda necesario casarse con lord David, porque así lo quería la exigencia real, pero era una

desdicha! Josiana admitía y despedía á lord David. Existía un acuerdo tácito entre los dos para no romper, pero se esquivaban. Esta manera de quererse, dando un paso hacia adelante y dos hacia atrás, lo retratan los bailes de aquel tiempo, el minué y la gavota. Ser casados desfavorece el semblante, chafa las cintas que se llevan y hace envejecer. Los esponsales son una solución de desoladora claridad. Entregar la mujer por la mano de un notario, ¡qué estupidez! La brutalidad del matrimonio crea situaciones definitivas, suprime la voluntad, mata la elección, tiene su sintaxis como la gramática, reemplaza la inspiración con la ortografía, transforma el amor en un dictado, acaba con todo lo misterioso de la vida, impone la transparencia á las funciones periódicas y fatales, da derechos disminuyentes para el que los ejerce como para el que los sufre, desarregla por la inclinación de la balanza hacia un lado el admirable equilibrio del sexo fuerte con el sexo poderoso, el de la fuerza y el de la belleza, y hace un señor y una esclava, en tanto que fuera del matrimonio hay un esclavo y una reina. Hacer prosaico el lecho hasta el extremo de convertirle en decente, ¿se concibe algo más grosero? ¿y que sea mal visto quererse en él, hay algo más estúpido?

Lord David tocaba ya en la edad madura con sus cuarenta años cumplidos con exceso, pero él no lo quería conocer. De hecho tenía siempre treinta y tres años, y hallaba más divertido desear á Josiana que poseerla, pues ya tenía otras mujeres; Josiana, por su parte, tenía sueños, pero los sueños eran peores.

La Duquesa Josiana poseía la particularidad, menos rara de lo que se cree, de que uno de sus ojos era azul y el otro negro. Sus pupilas formáronlas el amor y el odio, la felicidad y la desgracia; el día y la noche se confundían en sus miradas.

Su ambición se circunscribía á que la creyeran capaz de lo imposible. Un día dijo á Switz:

—Los hombres creéis que existe vuestro desprecio.

Era papista por el exterior; únicamente tenía de catolicismo la cantidad necesaria que exigía la moda; usaba vestidos de terciopelo, de satén ó de moiré, algunos de quince y diez y seis anas, con adornos de oro y de plata, y en derredor de la cintura muchos nudos de perlas alternadas con pie-